



RECENSIONI & SCHEDE

Ricardo García Cárcel, *El demonio del Sur. La Leyenda Negra de Felipe II*, Cátedra (Serie Mayor), Madrid, 2017, pp. 460

La obra que reseñamos tiene mucho de balance intelectual de un historiador dedicado desde hace décadas a desentrañar los fundamentos, los contextos y las consecuencias de un mito propagandístico que pronto se convirtió en una categoría más del acervo historiográfico: nos referimos a la *leyenda negra* española que hizo de Felipe II el epicentro de las imágenes más sombrías y deprimentes construidas sobre España y los españoles a lo largo y ancho del mundo. Como toda categoría política, la *leyenda negra* tiene tras de sí una evidente genealogía, es decir, es producto de enfoques diversos que se van sucediendo en el tiempo y que obligan a imponer el plural en una materia – nada menos que la construcción de la imagen de la Historia de España– dominada por lecturas encontradas, matizadas y profundamente heterogéneas. El enfoque empleado por García Cárcel parte de esta realidad, lo que explica que desde las primeras páginas el análisis se centre en el estudio de la historicidad de un concepto utilizado por Julián Juderías

en 1914 pero instalado ya en las conciencias de muchos historiadores e intelectuales anteriores y posteriores que con sus trabajos sobre la monarquía de Felipe II contribuyeron a dotar de significados diferentes no solo al término en cuestión sino –lo que es más significativo– a la propia idea de la Historia de España.

El acierto del autor al situar el problema en su vertiente constructivista, esto es, en la dialéctica realidad/representación, le permite mantener una tesis propia y original frente a quienes juzgan la *leyenda negra* únicamente como producto de «oscuras conjuras internacionales». Para García Cárcel, en cambio, debe primar un esfuerzo normalizador que trate de insertar el término en «los flujos de opinión de signo contrario (admiración-rechazo) que se cruzan entre sí todos los países europeos conforme se solidifican las identidades nacionales propias» (pg. 30). En otras palabras, los españoles de una y otra época participaron también en la formación de leyendas de otras monarquías rivales con las que se pugnaba por el liderazgo político del viejo continente. En ese contexto historicista y no en otro surgen las interpretaciones sobre nuestro pasado que van a dar lugar a las deformaciones y

exageraciones de la *leyenda negra*. El creciente desarrollo de espacios culturales conectados entre sí más allá de las fronteras dinásticas, favoreció, asimismo, la exitosa circulación por buena parte de Europa de muchas de las obras y las opiniones sobre España y sus reyes que ya en tiempos de Carlos V pudieron leerse.

El padre de Felipe II fue sin duda uno de los primeros objetos de la crítica –no siempre negativa– de cronistas e historiadores franceses, británicos y portugueses pero también españoles influidos por la memoria comunera o por las ideas erasmistas relacionadas y examinadas por el autor en el capítulo I. Todo un precedente, visto así, de lo que le esperará a su hijo. Nunca hasta entonces un rey iba a despertar la polémica que generó Felipe II, a quien García Cárcel coloca frente al reflejo de una opinión que osciló entre una inicial frialdad y una posterior severidad historiográfica solo matizada en fechas recientes. Los numerosos frentes abiertos a lo largo de su reinado (estudiados en el capítulo II) influyeron en las primeras lecturas de un monarca preocupado como ningún otro por los pliegues de su reputación. Como analiza el autor, los diferentes momentos de tensión política llevaron consigo la formación de distintas capas de opinión sobre las que giró a su vez buena parte de la *leyenda negra* del rey, desde la complicada relación con Roma hasta el constitucionalismo aragonés, pasando por la polémica cuestión de los estatutos de limpieza de sangre o la influyente y cambiante opinión nobiliaria, problemas que solo la habilidad de una

parte de los historiadores y cronistas del momento –con Herrera y Cabrera de Córdoba a la cabeza– supieron sortear para perfilar una imagen reforzada de Felipe II todavía en las primeras décadas del siglo XVII.

No obstante, fuera del ámbito historiográfico de la monarquía, la opinión sobre el rey comenzó pronto a sufrir los primeros lances de una guerra de plumas bien cargadas de tinta negra. Los relatos y las quejas de muchos exiliados y víctimas del rey fueron aprovechados por autores franceses, británicos, holandeses, italianos o portugueses para moldear el rostro más antipático y duro de Felipe II. En un amplio capítulo III, García Cárcel lleva a cabo un pormenorizado examen de algunos por los tópicos más destacados de la *leyenda negra* creada y difundida desde el exterior: la implacable actuación de la Inquisición, el fanatismo religioso del monarca, su absolutismo despótico como práctica política habitual o el exterminio indígena americano son solo algunas de las construcciones manejadas ya por la publicística y la incipiente historiografía europea de comienzos del siglo XVII. Ideas que sirvieron para definir estereotipos con los que caracterizar a un rey temido y odiado por muchos otros soberanos de su tiempo pero que requiere ser contextualizado necesariamente en unas coordenadas políticas planteadas en clave de agresión y rivalidad continuas para entender bien muchas de las críticas lanzadas en su día contra Felipe II.

Entre la serie de descalificaciones dirigidas al rey se reservará un papel central al hecho de la prisión y muerte

de su hijo, el príncipe heredero don Carlos. La utilización del “caso” de don Carlos por la opinión más antifilipista llegó a ser tan notable que incluso a mediados del siglo XIX se seguía visitando el cadáver del joven príncipe con la intención de constatar la veracidad de muchas de las teorías que sobre su muerte circularon por las principales cancillerías europeas. El autor realiza en este punto un notable esfuerzo de síntesis y revisión de lo que se sabe sobre la vida del hijo del rey, una biografía –lamenta García Cárcel– explicada en la mayoría de los casos «en función del desenlace» (pg. 252). El problema de la escasez de fuentes documentales disponibles para reconstruir aspectos esenciales de don Carlos sirve de prólogo al análisis de las diferentes versiones sobre los sucesos que terminaron con la vida del príncipe. Autores como Guillermo de Orange y su *Apología* o Pierre Matthieu y la *Vida interior de Felipe II* contribuyeron desde el siglo XVII a poner de relieve la parte más sórdida de la relación entre padre e hijo, rescatando la intrincada red de recelos mutuos, líos sentimentales, proyectos políticos frustrados o debilidades físicas y mentales de las que trataron de aprovecharse los insaciables cortesanos que poblaron los cenáculos políticos de la España de la segunda mitad del quinientos. A pesar de los esfuerzos aislados realizados por algunos historiadores para reconducir el “caso” a los límites justificativos de la razón de Estado (Herrera y el propio Cabrera de Córdoba lo intentaron), la fuerza del episodio de don Carlos superó ampliamente el tenor interpretativo

de la política para pasar al terreno de la literatura, un espacio donde –ya sí– se terminó de distorsionar el dictamen de los historiadores para dar «rienda suelta al mundo de los sentimientos» (pg. 300). La novela y el teatro contribuyeron más que ningún otro medio a trazar la imagen que desde la obra de Saint-Réal (1672) ha caracterizado la biografía de un príncipe enfermizo, enamorado y presuntamente atormentado por veleidades políticas protestantes, tres perfiles históricos analizados con precisión por el autor en la parte final del nuclear capítulo IV.

El «fracaso de la leyenda Blanca» centra las conclusiones o balance de una obra que pone el acento, más que en el origen foráneo y dañino de la *leyenda negra*, en la propia incapacidad de los aparatos propagandísticos españoles de los siglos XVI y XVII por contrarrestar lo que desde Amberes, Versalles o Lisboa se escribía y publicaba contra Felipe II. Las propias características personales del rey y su complejo patrón psicológico –concluye el autor– ayudaron poco a la promoción de una imagen más favorable del monarca. Un útil apéndice documental con la transcripción y traducción de seis relatos extranjeros, más una extensa bibliografía con las principales novedades de la historiografía de Felipe II, cierran una obra que se nos antojaba necesaria por diversos motivos. En primer lugar, por ofrecer una visión renovada del reinado filipino desde los presupuestos de la historia cultural y la “opinión pública”. En segundo lugar, por rebatir y analizar ideas comúnmente aceptadas sobre un rey tan extraor-

dinariamente difícil como poderoso, capaz de ser abordado desde múltiples puntos de vista reunidos en este trabajo con gran coherencia y sentido. Pero sobre todo, y es opinión personal de quien reseña, por habernos puesto hoy –a finales de la segunda década del siglo XXI– ante el espejo de muchos de los miedos que aún parecen lastrar nuestra Historia, aquellos que sirvieron y todavía sirven para definir la identidad de una España que poco tiene que ver ya con la regida por Felipe II. Justo cuando el problema de la articulación nacional y la idea misma de España es puesta en entredicho abusivamente por una parte de la élite política territorial, deberíamos volver la vista a la Historia, en mayúscula, para comprender los usos torticeros y propagandísticos de la mayor parte de las construcciones históricas –más bien historicistas – manejadas con escaso pudor en el debate político actual. Solo asumiendo la diversidad de memorias, es decir, la relatividad de cada uno de los relatos construidos en el tiempo sin priorizar unos frente a otros ni disimular el legado común de todos ellos, la Historia será capaz de cumplir con su función crítica y desmitificadora. Obras como *El demonio del Sur* sirven para señalar el camino de aquello que el propio García Cárcel consideraba en *La herencia del pasado* (2011) una obligación básica del historiador y en general de todo ciudadano: «superar el miedo a mirar atrás, pero conscientes de que la alternativa auténtica no es recordar u olvidar, sino saber o no saber. Saber administrar el legado de la historia».

Francisco Precioso Izquierdo

José Javier Ruiz Ibáñez, Igor Pérez Tostado (coord.), *Los exiliados del rey de España*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2015, pp. 376

La monarchia spagnola di età moderna è stata spesso considerata una realtà escludente, un luogo caratterizzato da persecuzioni ed espulsioni: ebrei nel XV secolo, musulmani, *moriscos*, protestanti tra Cinquecento e Seicento, gesuiti, *austracistas*, borbonici nel Settecento. La reiterazione di questi episodi ha contribuito allo sviluppo dello stereotipo di un paese cupo, oscurantista, fanatico dal punto di vista religioso, e ha spinto alcuni storici a vedere nell'intolleranza il segno specifico dell'identità spagnola. In un lavoro di qualche anno fa lo storico Henry Kamen, ribadendo questo consolidato cliché storiografico, definisce la Spagna «el único país europeo que en el curso de los siglos ha intentado consolidarse no ofreciendo refugio a los exiliados, sino mediante una política de exclusión» (H. Kamen, *Los desheredados. España y la huella del exilio*, Madrid, 2007, p. 12).

In tale contesto storiografico, il libro curato da José Javier Ruiz Ibáñez e Igor Pérez Tostado si pone l'obiettivo di raccontare "l'altra storia" della Spagna di età moderna, di offrire un quadro dei movimenti migratori diretti verso i territori della *Monarquía* tra XVI e XVIII secolo. I tredici contributi raccolti nel volume sottolineano la necessità di recuperare un «espacio cerrado a la reflexión de los historiadores» (p. 11), poiché, se quella delle espulsioni è una tematica sempre

presente nei dibattiti sul passato iberico (ricordiamo qui, oltre al sopraccitato lavoro di Kamen, J. Canal (a cura di), *Exilios. Los éxodos políticos en la historia de España: siglos XV-XX*, Madrid, 2007), le riflessioni e gli studi sul fenomeno inverso rimangono ancora un terreno poco esplorato. Eppure l'egemonia esercitata in Europa dalla monarchia spagnola per gran parte dell'età moderna e la sua identificazione con il cattolicesimo, la rese, agli occhi delle popolazioni fuori dai suoi confini, il luogo ideale dove rifugiarsi per trovare riparo dalle persecuzioni, religiose o politiche, sofferte in patria.

Approfondire le emigrazioni verso i territori spagnoli appare necessario per una più corretta cognizione della stessa monarchia cattolica e del suo ruolo materiale e simbolico, per comprendere «el sentido, las formas, los medios y las pervivencias de una hegemonía cuyo éxito se tradujo en una parte y se expresó en otra por ser elegida como punto de destino necesario, posible y deseable por muchos de sus vecinos» (p. 11). Il merito del volume, dunque, è quello di restituire un'immagine più completa della *Monarquía*, non per riabilitarla, ma per provare come la sua storia non sia solo fatta di intolleranza, espulsioni e persecuzioni, ma anche di accoglienza.

Una dimostrazione a tal proposito è data dal contributo di Bernard Vincent sui *moriscos*. La storiografia ha dedicato grande attenzione alla loro espulsione dal territorio iberico, ma ha poco indagato il fenomeno inverso: la durezza dei rapporti tra mondo islamico mediterraneo e monarchia

spagnola, evidenziata dalla presenza stabile di comunità musulmane in Spagna per tutta l'età moderna, dovrebbe, al contrario, indurre a «considerar la Monarquía Católica mucho menos cerrada de lo que se ha considerado hasta ahora» (p. 100). Il confine tra islam e cristianità, afferma Vincent, fu molto meno definito, regolato da un realismo politico ed economico basato sul principio di reciprocità.

La ricerca di omogeneità religiosa impegnò Madrid nella lotta tenace a qualunque eterodossia, generando anche episodi come l'esilio interno di umanisti spagnoli descritto da José Luis Villacañas Berlanga. L'autore analizza il caso di Furió Ceriol, studente presso l'Università di Lovanio, nelle Fiandre, che dovette rientrare in Spagna in conseguenza della prammatica del 1559 emanata da Filippo II con la quale si vietava agli spagnoli di studiare presso le università site nei territori protestanti; poiché risultava impossibile espellere i luterani dalle loro terre, «se optó por impedir a los españoles que las pisaran» (p. 56).

A lungo identificata come baluardo della fede cattolica, in particolare dopo la diffusione della Riforma, la Spagna (e i territori sotto il suo controllo) fu «el principal destino lógico» (p. 21) per quanti fuggivano da persecuzioni religiose. È, ad esempio, ciò che accadde ai cristiani del Giappone dei Tokugawa studiati da Ainhoa Reyes Manzano, costretti a scegliere tra l'apostasia e l'esilio verso le Filippine spagnole dopo che il cristianesimo fu bandito dal paese perché incompatibile con il sistema alla base

del mondo culturale, sociale e politico giapponese. L'altro caso extraeuropeo analizzato nel volume è quello delle Americhe studiato da Ana Díaz Serano. Oltreoceano la *Monarquía* esercitò uno sforzo notevole per avvicinare i nativi americani al proprio modo di pensare e vivere, seppur questi territori accumulassero eterodossie in contrasto apparentemente con la volontà di omogeneizzazione religiosa e sociale perseguita dalla corona spagnola. *L'ideal hispanico* di una società basata su una verità assoluta, in cui la religione era sostegno imprescindibile del potere politico, assunse numerose ridefinizioni in America, «donde las reacciones frente a la alteridad se multiplicaron, en ocasiones, dando asilo a las disidencias hasta conseguir armonizarlas» (p. 255).

In Europa si assistette a due principali flussi migratori: uno di maggior portata e più duraturo, proveniente dalle isole britanniche, l'altro, più sporadico, proveniente, per esempio, dalla Francia o dai Paesi Bassi. Del primo caso si occupano i contributi di Ciaran O'Sceá e Óscar Recio Morales, rispettivamente per il Cinque-Seicento e il Settecento. Nonostante la propaganda anglosassone avesse contribuito sin dal XVI secolo ad alimentare lo stereotipo di una monarchia ostile alla presenza di stranieri e intransigente dal punto di vista religioso, molti inglesi, irlandesi e scozzesi emigrarono in territorio spagnolo nel corso dell'età moderna. Gli irlandesi in particolare furono il gruppo preponderante «gracias al desarrollo de una ideología religiosa y político-social coherente» (p. 127). La prevalenza del gruppo

irlandese è evidenziata anche nel contributo di Eduardo de Mesa Gallego nel quale l'autore approfondisce le vicende di quegli esiliati che si misero al servizio del re spagnolo entrando a far parte di una delle *naciones* di cui era composto l'esercito degli *Austrias*. Gli irlandesi, infatti, furono l'unica «nación» ad avere un proprio rappresentante, il «ProteCTOR de la nacion irlandesa», all'interno dei consigli di Stato e di Guerra. Scelsero, nella maggior parte dei casi, di servire militarmente il re cattolico anche gli esiliati greci studiati da Gennaro Varriale, emigrati verso Venezia e, soprattutto, il Regno di Napoli, all'indomani della definitiva imposizione ottomana nel Peloponneso.

Agli esiliati francesi è dedicato il contributo di Serge Brunet. Fatta eccezione per la parentesi rappresentata dalle guerre di religione, la strada dell'esilio dalla Francia verso i territori spagnoli fu percorsa essenzialmente per motivi politici da esponenti dell'aristocrazia. L'estrazione sociale caratterizzò l'esilio francese, rendendolo «casi medieval, formado por nobles y gentes de armas que salían de su reino buscando un territorio en el que ser reconocidos por su origen y empleados según sus méritos» (p. 147).

Victoria Sandoval Parra analizza il sistema assistenziale della *Monarquía* passando in rassegna le differenti forme di aiuto economico previste per gli esiliati (*entretenimientos, ayudas de costa, ventayás*). Tra la fine del Cinquecento e l'inizio del Seicento questi sussidi si inquadrono in un vero e proprio sistema

esteso a tutti i territori del re cattolico, contribuendo a «reforzar y extender la imagen de un rey protector/pastor» (p. 260). L'autrice, inoltre, analizzando il volume degli aiuti concessi nei differenti domini spagnoli, rileva come le Fiandre rappresentassero il vertice di questo sistema assistenziale. L'importanza dei Paesi Bassi come terra di rifugio è approfondita dallo studio di Yves Junot e Marie Kervyn nel quale si sottolinea, tra l'altro, il ruolo di Bruxelles come centro nevralgico del sistema di accoglienza. Questo «puerto catolico en un mar en un espacio de ruptura mayoritaria con Roma» (p. 207) avrebbe perso la sua attrattiva dopo la pace dei Pirenei e il progressivo indebolimento della potenza spagnola.

Chiudono il volume due contributi che analizzano il fenomeno nel Settecento. Julio D. Muñoz Rodriguez studia l'esilio borbonico originato dalla Guerra di Successione spagnola, lamentando la scarsa attenzione storiografica rivolta, in particolare, al cosiddetto "irredentismo mediterraneo", al ruolo avuto dai nobili italiani in esilio a Madrid nei disegni di riconquista degli antichi domini spagnoli in Italia, mentre Thomas Gle-sener mette in relazione l'esilio conseguente alla Guerra di Successione e quello scaturito in seguito allo scoppio della Rivoluzione francese. Entrambi dimostrano come anche nel Settecento, nonostante il disimpegno europeo di Madrid, il re di Spagna continuasse a esercitare la sua attrattiva, specialmente sulla nobiltà d'Italia, dei Paesi Bassi e della Francia.

Davide Balestra

F. Benigno, *L'isola dei viceré. Potere e conflitto nella Sicilia spagnola (sec. XVI-XVIII)*, Palermo University Press, Palermo, 2017, pp. 116

Nell'ultimo cinquantennio, a partire dal magistero di Giuseppe Giarizzo, la *vulgata* sulla Sicilia di età moderna è mutata profondamente fino a ribaltarsi. L'immagine di una Sicilia rurale, oppressa e manchevole di strutture istituzionali, economiche e sociali paragonabili a quelle esistenti altrove si è trasformata, grazie a numerosi studi, in quella di una Sicilia urbana, politicamente consapevole e culturalmente avvertita, inserita a pieno titolo nel contesto internazionale, con alterne fortune né più né meno delle coeve realtà europee.

La raccolta di saggi *L'isola dei viceré. Potere e conflitto nella Sicilia spagnola (sec. XVI-XVIII)* dà conto di questo cambiamento per mano di uno dei protagonisti più rappresentativi di questa revisione, Francesco Benigno, che ha riunito nell'agile volumetto edito da Palermo University Press riflessioni elaborate in momenti diversi, ma tutte legate da un'attenta rilettura del periodo spagnolo e da una franca discussione dei paradigmi di lettura affermatasi precedentemente.

Nel saggio di apertura, *Fra centro e periferia*, ripercorrendo il dibattito inaugurato alla fine dell'Ottocento da Leopold von Ranke e successivamente proseguito da Helmut G. Koenigsberger e poi infine da Osvaldo Raggio sulla Sicilia di antico regime, sulla scorta dei saggi *Avvertimenti di don Scipio di Castro a Marco Antonio Colonna quando andò viceré di Sicilia*,

Benigno rifiuta una lettura dicotomica delle relazioni fra Palermo e Madrid e propone, in luogo della bidimensionalità insita nel paradigma centro/periferia, con il quale le vicende siciliane sono state tradizionalmente interpretate, una lettura pluridimensionale dei rapporti fra l'Isola e la Corona. Portando ad esempio la figura di Gian Andrea Doria, Benigno delinea la «compresenza di diverse reti di potere, disposte in modo differente sul territorio» locale e sovra-locale e avanza «il tema suggestivo della comunicazione di questi diversi piani, e del ruolo, giocato dal trasferimento di competenze, culture, modelli da un piano all'altro, da un regno all'altro» (p. 33).

L'argomento viene ripreso nel saggio seguente, *Integrazione e politica*, nel quale si accendono i riflettori sui meccanismi che consentono la partecipazione della Sicilia alla più vasta competizione che anima la Monarchia asburgica nel Cinquecento, sul conflitto come categoria indispensabile per leggere le dinamiche politiche e sul venir meno dei dispositivi di integrazione usuali alla base della rivolta nell'epoca del *valimientio*. Protagoniste inesauste della vita siciliana sono le città, soprattutto, ma non solo, Palermo e Messina, al centro del terzo (*Storie di città*) e del quarto saggio (*Leggere il cerimoniale*) del volumetto. L'accento sulle capacità propulsive delle città demaniali si accompagna, in conclusione, alla riconsiderazione del grande protagonista di tanta parte della passata produzione storiografica siciliana, il baronaggio (*Mito e realtà del baronaggio*), di cui Benigno approfondisce la costruzione identitaria

nel corso del tempo e mette in luce la capacità di agire su livelli diversi, sia sul piano locale sia in contesti extraisolani.

Oggi, l'idea che la Sicilia dell'età spagnola sia parte di un insieme più ampio, con il quale interagisce seguendo articolate logiche di scambio, è diventata parte del senso comune storiografico e, come ci ricorda Benigno, nella sua *Introduzione: nuovi sguardi sull'antico regime*, è condivisa anche da altri settori del mondo della cultura oltre a quello più propriamente accademico. Eppure, continua a essere fondamentale la lezione che promana dalle pagine del volumetto: essa ricorda agli studiosi di storia non solo l'importanza della conoscenza della letteratura storiografica e delle ricerche d'archivio ma anche e soprattutto la necessità di non smettere di discutere i risultati della storiografia precedente per affidare al presente una nuova verità storica.

Nicoletta Bazzano

M. Porcu Gaias, A. Pasolini, *Argenti di Sardegna. La produzione degli argenti lavorati in Sardegna dal Medioevo al primo Ottocento*, Morlacchi editore, Perugia, 2017, pp. 606

Il volume illustrato presenta al lettore un'ampia panoramica di oggetti in argento (sono poco meno di 1.500 le singole schede) ed è il risultato di una fatica non comune nel tempo e nello spazio. In queste pagine confluiscono dieci lunghi anni di ricerca. Per realizzarla e rintracciare gli oggetti, eminentemente liturgici, sopravvissuti

al trascorrere dei secoli, Porcu Gaias e Pasolini hanno percorso strade su strade: dalle autostrade a quattro corsie che conducono al Museum of Arts of Toledo in Ohio, dove è conservato un calice algherese completo di patena, alle mulattiere asfaltate che consentono di raggiungere i centri più piccoli e le chiese più recondite della Sardegna, lottando probabilmente non poco per farlo.

Ormai molti edifici religiosi vengono aperti in maniera saltuaria, non avendo un numero di fedeli che giustifichi la presenza fissa di un sacerdote; in più, anche nelle chiese che continuano a essere aperte, gli studiosi non possono sempre contare su persone disponibili poiché i parroci (notoriamente) temono chi mette il naso in sagrestia o, ancora peggio, sugli altari perché del patrimonio che custodiscono si sentono e sono responsabili. Peraltro, in molti casi, gli argentieri non ci sono più: la facilità di riutilizzo del materiale ha fatto sì che essi siano stati spesso rifusi per dar vita a nuove suppellettili, quando non si sono volatilizzati, per fare spesso la stessa fine, dopo un saccheggio, in altri tempi, o divenire patrimonio privato, dopo un furto. In questo caso, le due autrici hanno sopperito grazie alla lettura degli spogli vescovili, gli elenchi di quanto posseduto dal vescovo defunto, delle visite pastorali, le ispezioni dei vescovi o dei loro inviati alle chiese della diocesi per sincerarsi della buona condotta di parroco e parrocchiani e della buona conservazione degli edifici ecclesiastici, di inventari *post mortem* e di testamenti, che hanno peraltro consentito anche di immaginare i

ricchi argentieri dei “laici” ormai irrimediabilmente perduti.

Il libro viene a colmare un vuoto patente all'interno della storia della cultura sarda. Da sempre, infatti, l'isola è associata alle attività minerarie in generale e all'estrazione dell'argento in particolare. Fra i domini di Roma, nell'età classica, solo le assai più estese provincie di Hispania e Britannia superano la Sardegna in quanto a produzione di metalli. L'attività estrattiva prosegue, seppur con alti e bassi, nel passaggio da Roma a Bisanzio e poi con l'istituzione dei giudicati, diventando per chi osserva l'isola una delle sue marcate caratteristiche. Il geografo magrebino Al Edrisi, pur disegnando nella *Tabula rogeriana*, com'è noto, la Sardegna al contrario, con Cagliari a nord, afferma con certezza nel *Libro di Ruggero*, terminato nel 1154, come essa abbia «miniere di buonissimo argento, il quale metallo da questa isola si esporta in vari paesi dei Rum».

In effetti, la documentazione del XII secolo, dalla quale prende le mosse la ricerca, attesta il commercio dell'argento e il suo uso nelle compravendite nonché la presenza di oggetti liturgici, dono dei giudici e del loro seguito alle chiese e ai monasteri. In questo periodo le miniere da cui si estrae il prezioso metallo sono quelle di Torres, alle quali si aggiungeranno nel Duecento inoltrato quelle dell'Iglesiente, sfruttate sin dall'età fenicio-punica, trascurate dopo il crollo dell'Impero romano e riattivate dalla potente famiglia pisana dei Della Gherardesca, conti di Donoratico. I Della Gherardesca controllano nella seconda metà del Duecento un'ampia

parte dell'attuale Sulcis-Iglesiente e ripopolano la regione da una parte con colpevoli di delitti comuni o di insolvenza, promettendo loro in virtù del trasferimento l'immunità, e dall'altra con minatori toscani esperti e in grado di formare maestranze locali. Proprio grazie all'aumento dell'attività di estrazione, nasce la città di Villa di Chiesa, l'odierna Iglesias, che si trasforma in un polo della produzione e del commercio dell'argento.

Il volume presenta l'unico manufatto superstite di questo periodo, un calice di una parrocchia di Monti, in provincia di Sassari, che viene trasformato in pisside, in contenitore delle ostie consacrate, nel corso del Seicento. Si tratta di un reperto notevole, tanto più impressionante se si considera che per il periodo successivo, durante il quale si compie la conquista aragonese dell'isola e, con l'insediamento dei nuovi sovrani, si inizia a regolamentare l'attività di estrazione e di produzione degli argenti, non si può contare su alcuna testimonianza materiale. La ricostruzione della diffusione di oggetti sacri e profani, utilizzati dai presuli e dai magnati sardi, è possibile solo attraverso la documentazione scritta, che comunque ci lascia intravedere la grande prosperità dei giudici del secondo Trecento, dei gentiluomini aragonesi e del composito cetto mercantile, di origine autoctona e corsa, ma anche catalana, pisana e genovese, che operava al tempo in Sardegna.

Dal Quattrocento in poi le testimonianze dirette si fanno più nutrite e consentono, insieme alla documentazione cartacea, di delineare con una certa chiarezza il mondo dell'ar-

gento in Sardegna. A Cagliari è possibile che esista già una confraternita degli argentieri, di cui, però, si ha notizia certa solo nella documentazione posteriore. Sotto la protezione – al pari di molte altre in Europa – di sant'Eligio, orefice presso la corte merovingia e patrono di gioiellieri, fabbri e maniscalchi, gli argentieri cagliaritari concentrano le loro botteghe nel quartiere di Castello e iniziano a marcare i loro prodotti rendendone, quindi, riconoscibile la provenienza: una verifica impossibile da effettuare per Sassari, la cui produzione argentiera quattrocentesca è andata quasi totalmente perduta.

A partire dal Cinquecento, seguendo la via degli argenti, è possibile ricostruire la parabola della Chiesa sarda, la sua adesione ai dettami del Concilio di Trento, l'adozione delle suppellettili necessarie all'ottimale celebrazione del culto, la severità delle ispezioni durante le visite pastorali prescritte dai decreti tridentini, il gusto assai poco provinciale degli alti prelati che operano nell'isola, sensibili alla raffinatezza stilistica rinascimentale che viene elaborata nelle corti italiane e che, in breve tempo, si sostituisce agli stili gotico-catalani utilizzati fino a quel momento. D'altra parte, a svecchiare il gusto contribuisce da un lato l'insieme composito degli argentieri, che soprattutto a Cagliari annovera, accanto ai sardi, catalani, maiorchini, valenzani, napoletani, dall'altra la capacità degli argentieri isolani di instaurare relazioni di mercato anche sul continente: i Balla, Jan de Sardinia e Giovanni di Porcis hanno una committenza romana, mentre Giovanni Ma-

meli, forse il più famoso artigiano del tempo per la sua abilità artistica, intreccia relazioni commerciali con Napoli.

Gli argentieri sono un gruppo potente e dovizioso (alcuni di loro posseggono beni immobili e schiavi), anche perché esercitano la funzione di cambiavalute. Nei loro laboratori dall'argento proveniente dall'Iglesiente, ma anche e soprattutto tramite Genova dalle miniere tedesche, prendono forma ostensori, teche eucaristiche, pissidi, crismere, calici, patene, stauroteche, ampole (l'unica tipologia di oggetto che per il Cinquecento non è giunta fino a noi), candelieri completi di smocolatoi, palette per le ceneri, campanelli, tazze battesimali, aspersori, secchielli per la lavanda dei piedi, piatti, bacili, reliquiari, complementi di statua (come i diademi, le corone e le aureole delle statue sacre), mazze processionali, paci (piccole edicole con scene religiose, che dal XIII secolo in poi vengono baciata dai fedeli durante la liturgia, al posto del bacio della pace: un rituale oggi sostituito dal segno di pace): tutto un ventaglio ampissimo di suppellettili, di cui abbiamo molteplici testimonianze che il volume puntualmente registra, commenta e consente di mettere a confronto dal punto di vista stilistico e che, naturalmente, è destinato nel corso del pio Seicento a ingrossarsi.

La crisi e la pestilenza del 1652-53, infatti, non frenano il fervore religioso, accompagnato al desiderio di magnificenza, che alimenta la committenza di oggetti preziosi sacri. La Sardegna seicentesca, al pari di tutta l'Europa cattolica, partecipa con en-

tusiasmo alla traduzione in beni mobili e immobili delle sue risorse, distogliendole dagli investimenti in grado di correggere l'andamento economico e concentrandole nell'erezione di chiese e monasteri, dotati delle lussuose suppellettili che la devozione barocca ritiene indispensabili. E sebbene la qualità di questi argenti non sia per molti versi paragonabile a quella dei manufatti cinquecenteschi, è sicuramente testimonianza di una società che non rinuncia, malgrado la difficile congiuntura, a ciò che ritiene autenticamente importante.

Se nel passaggio dal Sei al Settecento, scandito peraltro in Sardegna dal cambio di sovranità politica, dalla Corona d'Aragona al Piemonte, si consuma un cambio di gusto, non per questo cessa l'importanza della committenza ecclesiastica. Anzi, la stagione di rinnovata prosperità settecentesca amplia in modo notevole il mercato, che si rivela in grado di assorbire non solo la produzione isolana ma anche quella proveniente da Genova, Torino, Roma e Napoli. Le difficili strade dell'interno vengono percorse da ambulanti che portano con sé argenti, broccati e damaschi, ambiti e acquistati dai parroci di campagna per abbellire le loro chiese, dove per esempio non si rinuncia più alle lampade pensili destinate a illuminare di luce perenne la cappella del SS.mo Sacramento, e per confezionare paramenti degni dell'ufficio divino. Sotto il più attento occhio sabauda, che nomina un assaggiatore per saggiare la qualità dell'argento isolano, e per combattere la concorrenza estera sempre più agguerrita, l'argento, rigorosamente marchiato,

per lo meno a Cagliari, con i punzoni prescritti dal governo, si rivela ancora una volta in grado di cogliere i mutamenti stilistici che maturano in Europa e di farsene interprete non banale. Con l'analisi dell'Ottocento neoclassico, si conclude il volume, che offre anche, nelle sue pagine conclusive, in presenza ormai di una fitta documentazione sui singoli argentieri, una sorta di prosopografia dei protagonisti artistici del mondo dell'argento sardo.

L'uso di questo pregiato materiale in epoca tardo-medievale e moderna non è esclusivo dei ministri ecclesiastici. La sacralità degli oggetti liturgici ha fatto sì che un notevole numero giungesse fino a noi. Così, invece, non è occorso alla miriade di oggetti utilizzati dai laici. E se per rimirare i gioielli cinque-seicenteschi, è possibile ammirare le opere del pittore manierista fiorentino Baccio Gorini, che adorna le sue Vergini sarde di pregiate filigrane e di sontuosi diademi, per avere un'idea dei preziosi corredi da casa di nobildonne e nobiluomini sardi ci si può rivolgere solo agli inventari *post mortem*. Dai primi elenchi del secondo Trecento – l'uno riferibile alla casa e alla famiglia del giudice Mariano IV d'Arborea, l'altro alla giudicessa Timbora di Roccaberti – a quelli quattrocenteschi di don Salvador de Alagon, fratello del più famoso Leonardo, ultimo marchese di Oristano, a quelli cinquecenteschi della casa privata dell'arcivescovo di Cagliari Antonio Parragués de Castillejo e via via a tutti gli altri di cui si fa menzione nel testo si evince il rispetto nelle case principesche sarde delle regole cerimoniali che si vanno elab-

borando fra la Borgogna tardo-medievale e l'Italia rinascimentale.

I grandi bacili d'argento testimoniano dell'abitudine alla pulizia delle mani prima di sedersi a tavola – un vero e proprio rituale di purificazione ancestrale, che serve non tanto come noi potremmo pensare all'eliminazione dei germi dalle mani che vanno a contatto con il cibo, ma di un lavacro, ritenuto irrazionalmente in grado di garantire che l'intero organismo sia puro prima del desinare, in modo da potere senza pericolo entrare in contatto con il cibo, sostanza ritenuta impura. Per lo stesso motivo gli inventari riportano stoviglie in argento per banchetti, per lo meno, da dodici persone: la nobiltà del recipiente mitiga l'impurità del contenuto e preserva colui che lo consuma. Un simile discorso presiede anche alla realizzazione della posateria, all'interno della quale – dal Cinquecento in poi – in accordo con quanto codificato in ambienti cortigiani continentali si diffonde sempre più la presenza della forchetta. Abbastanza frequente è, poi, la posata a due rebbi per la degustazione delle lumache.

Argenti dorati o lisci sono, dunque, non solo emblemi della superiorità sociale, oggetti necessari all'interno della fiera delle vanità nobiliare a garantire rango e prestigio, ma sono giudicate, in quanto di materiale nobile, suppellettili utili al benessere e vengono quindi acquistate non appena si raggiungono le disponibilità economiche necessarie. Gli argenti poi fungono anche da beni rifugio: nei momenti di difficoltà possono essere fusi e tramutarsi in liquidità pronta a essere utilizzata per altri

scopi. Significativamente, i piatti in argento destinati ai singoli scompaiono dalle dotazioni di casa nel Settecento, per essere sostituiti da pezzi in porcellana bianca: segno di un adeguamento dell'aristocrazia del lignaggio e del denaro allo stile di vita che si impone altrove, soprattutto in Francia, e che viene ripreso dappertutto in Europa. Del resto, anche gli accessori da tavola dei casati nobiliari sardi sono raffinatissimi testimoni del gusto, non solo artistico, ma anche alimentare: fra Quattro e Seicento, saliere e pepiere, finemente realizzate, troneggiano sul desco signorile, per essere soppiantate nel corso del Settecento da caffettiere, cioccolatiere e zuccheriere, con le quali si servono le bevande esotiche che furoreggiano in tutta Europa. Sempre nel Settecento, gli oggetti d'argento cominciano a non essere destinati solo agli appartenenti alla nobiltà: in misura ridotta, anche nelle famiglie di artigiani, contadini agiati e piccoli commercianti, il metallo nobile si utilizza per bottoni, fibbie, piccole acquasantiere destinate alla devozione personale, rosari, smoccolatoi, astucci da cucito, a testimonianza di un'epoca di maggiore prosperità economica diffusa.

Gli inventari, dunque, gettano una luce inedita sulla vita materiale e sulla vita, più in generale, dell'aristocrazia sarda, la cui cultura, meritevole di approfondimenti, per scarsità di fonti scritte è ancora poco conosciuta e sulla quale la storia degli oggetti contribuisce a gettare una prima, indispensabile, luce.

Nicoletta Bazzano

Umberto Santino, *La mafia dimenticata. La criminalità organizzata in Sicilia dall'Unità d'Italia ai primi del Novecento. Le inchieste, i processi. Un documento storico*, Melampo editore, Milano 2017, pp. 643

Con *La mafia dimenticata* Umberto Santino ha pubblicato un poderoso volume frutto di molti anni di lavoro, che si presenta col carattere della sintesi storica arricchita da importanti documenti originali. Santino va alle radici del "discorso" sulla mafia mostrandone lo stratificarsi all'indomani dell'Unità, ed è lo stesso "discorso" formato da idee, analisi e luoghi comuni che ha continuato a riprodursi sino a oggi. Facendo ancora un passo indietro arriviamo alla secolare incubazione di quelli che in altri lavori lo stesso Santino ha definito "fenomeni premafiosi": sono aspetti embrionali, stili di comportamento che avranno modo di svilupparsi nel momento in cui si struttura lo Stato unitario. Cioè uno Stato che riesce a formarsi con molto ritardo e quasi per scommessa, scontrandosi con l'opposizione della Chiesa, col rifiuto di buona parte delle popolazioni meridionali e la scarsa considerazione internazionale: sarebbe bastato uno solo di questi fattori a rendere difficile la sua sopravvivenza, e molte scelte diventano comprensibili solo se le collochiamo su questo sfondo così problematico.

Se parliamo di mafia, il primo punto da affrontare è il monopolio della violenza. Uno Stato che si forma presenta se stesso come detentore del monopolio della violenza, fisica e anche simbolica, in una sorta di pro-

cesso che disciplina il pullulare delle pulsioni provenienti dalla società. In Italia, scrive Santino, è il “pensiero di Stato” a imporre l’idea della mafia come fenomeno criminale, anche se una parte della popolazione trova del tutto legittimo non riconoscere il monopolio statale della violenza. Abbiamo quindi una contrapposizione radicale e ci si aspetterebbe delle decisioni conseguenti, una lotta aperta. Ma l’incalzare delle emergenze sommata a una certa predilezione per l’autoritarismo – propria della tradizione politica italiana, che spinge a criminalizzare le opposizioni – fa sì che l’interesse verso il fenomeno mafioso sia episodico, sempre legato a eventi eclatanti che scuotono la pubblica opinione: all’indomani dell’Unità emergono la congiura dei pugnalatori nel 1862, la rivolta palermitana nel 1866, i primi grandi processi alla fine degli anni ‘70, il delitto Notarbartolo nel 1893 e i successivi sviluppi processuali: tutti episodi che, ogni volta, portano alla “riscoperta” della mafia da parte dello Stato, mentre al contempo osserviamo l’arroccamento difensivo di buona parte della cultura siciliana che si rifugia nel sicilianismo.

È un meccanismo che sembra girare a vuoto riproducendo se stesso, ma ogni emergenza mostra più gravi lacerazioni e conseguenze nel corpo sociale: specie quando, con l’estensione del suffragio, il consenso è troppo spesso garantito dal mediatore mafioso. Quanto alla periodica “riscoperta” della mafia, nel lontano 1900 Antonino Cutrera scriveva che di fronte a un delitto efferato tutti sono pronti a indignarsi e allontanare da sé qualsiasi idea di equivoca vicin-

nanza; passata l’ondata del rifiuto emotivo è la stessa idea dell’esistenza della mafia a essere messa in discussione. Cutrera era delegato di pubblica sicurezza e autore di uno dei primi libri sulla mafia, dove a chiare lettere denunciava le complicità governative in vista delle elezioni; le stesse denunce vengono reiterate da un altro delegato, Giuseppe Alongi, che nel 1904 pubblica *La mafia: fattori, manifestazioni, rimedi* in cui racconta quanto avviene nei paesi siciliani dove ha prestato servizio. I due delegati scrivono mentre ancora si celebrano i processi per l’omicidio di Emanuele Notarbartolo: al processo di Milano il figlio Leopoldo ha accusato il deputato crispino Raffaele Palizzolo, a cui non era stato mosso alcun addebito processuale, e nel 1902 la Corte d’Assise di Bologna ha condannato Palizzolo a trent’anni di reclusione; la sentenza è annullata dalla Cassazione, nel 1904 la Corte di Firenze ha assolto Palizzolo per insufficienza di prove.

Sono processi terribili, che mostrano quanto osceno possa essere l’intreccio mafia/politica e come la mafia possa condizionare gli equilibri nazionali: lo scandalo è così imbarazzante da suggerire al comando militare di Milano di proibire ai propri ufficiali di accostarsi all’aula dove si tengono le udienze. Ma intanto i tre processi Notarbartolo celebrati a Milano, a Bologna e a Firenze hanno creato una sorta di spettacolo offerto all’opinione pubblica nazionale, con centinaia di testimoni provenienti dalla Sicilia che sfilano esprimendosi in un linguaggio tanto esotico da necessitare di un interprete per divenire

comprensibile. Palermo reagisce e si mobilita, su iniziativa di Giuseppe Pitrè viene fondato il comitato pro Sicilia per difendersi da un'accusa di mafiosità che sembra coinvolgere tutti: l'adesione è in buon parte emotiva, ma non tutti sono in buona fede.

Oggi più nessuno mette in dubbio l'esistenza della mafia. Anzi delle mafie, che agiscono a livello nazionale e internazionale utilizzando la violenza come metodo per l'acquisizione del potere e l'accumulazione del capitale, con una struttura organizzativa più o meno rigida e un sistema di rapporti che permette lo svolgersi di molteplici attività criminali, illegali o formalmente legali. Il modello interpretativo elaborato da Umberto Santino è inclusivo, è un prisma a molte facce che considera la mafia come industria e come istituzione: il suo "paradigma della complessità" supera l'ambito siciliano, registrando la proliferazione dei gruppi di tipo mafioso nel panorama internazionale. Tornare indietro nel tempo, fermarsi e analizzare le dinamiche all'opera all'indomani dell'Unità equivale a dare radici e ancoraggi alla teoria. Santino pubblica documenti come la "Bolla di composizione", che scopre dentro un dimenticato libro stampato a Palermo nel 1867: per quell'anno firmata dall'arcivescovo di Palermo Giovanbattista Naselli era ogni anno rinnovata; già nel 1711 Jean Baptiste Labat l'aveva vista affissa alla porta di una chiesa e nei *Voyages d'Espagne et d'Italie* aveva scritto "la Sicilia appartiene ai ladri", basta pagare. L'articolo 18 recitava "con questa bolla... si può comporre sopra qualsivoglia

genere di azione illecita, o malamente avuta, o mal guadagnata ed acquistata...": la grande autonomia di cui godeva la Chiesa siciliana grazie alla Apostolica Legazia aveva eliminato le distanze, la Chiesa siciliana era "troppo" vicina ai suoi fedeli.

All'indomani dell'Unità questa società così "particolare" viene osservata dai funzionari governativi delegati a mantenere l'ordine pubblico, e ognuno tenta di decifrarne i significati arrivando a conclusioni spesso molto differenti. Santino pubblica le 31 relazioni scritte fra il novembre 1898 e il febbraio del 1900 dal questore di Palermo Ermanno Sangiorgi, che delineano una vasta rete associativa organizzata in sezioni e divisa in gruppi ognuno con un capo, che agisce sotto la protezione di "deputati, senatori e altri influenti personaggi": è la stessa struttura che Buscetta avrebbe svelato al giudice Falcone, con rivelazioni che nel febbraio 1986 portano al maxiprocesso. Anche Sangiorgi lavora per un maxiprocesso, in uno dei suoi rapporti individua 218 mafiosi divisi in otto gruppi in un'area che si estende dalla Piana dei Colli all'Olivella: alla fine riesce a portare in aula 51 imputati, i condannati sono 31 e la pena è mite, in genere 3 anni e 6 mesi.

In questo libro Umberto Santino ha osservato le dinamiche ottocentesche a partire dall'oggi, perché ogni studioso interroga l'oggetto del suo studio cercando una risposta alle domande che pone il tempo in cui vive. Però – insegnava il grande Braudel – ogni volta che il passato è indagato attraverso le fonti dà informazioni, non offre a tutti le stesse risposte

perché l'osservabile coincide con indizi ed elaborazioni che qualcuno ha compiuto su quanto realmente accaduto. E certo anche il questore di Palermo risente della "particolare atmosfera" creata dal processo di Milano, quando le accuse di Leopoldo Notarbartolo trasformano il dibattito in un'istruttoria contro i rappresentanti dello Stato in Sicilia e la denuncia delle commistioni tra politica, amministrazione e malaffare non sembra risparmiare nessuno. Allora il modello interpretativo della potente setta segreta giustifica molte cose: del resto era un modello che vent'anni prima era già stato avanzato, quasi imposto, dalla questura di Palermo, chiamata a dare una spiegazione per quanto accadeva in una Sicilia dove i rapporti fra politica e gruppi variamente dediti ad attività delittuose portavano a ripetute emergenze.

I rapporti del questore Sangiorgi saranno presto dimenticati, a ogni emergenza si ricomincerà daccapo. Ma, considerati i modi in cui si incrociano il circuito politico-affaristico locale e quello nazionale, era possibile che il "discorso" sulla mafia prendesse di mira quella che in altri testi Umberto Santino ha definito la "borghesia mafiosa"? Nell'incerto Paese costruito dal Risorgimento la Sicilia appare sfuggente, trasformandosi in orizzonte obbligato per molte paure: è patria di pugnalatori, ed è terra di confine selvaggia per definizione dove le sette mafiose di sicuro prosperano. Intanto a Palermo la certezza che la mafia discenda dai Beati Paoli mette tutti d'accordo.

Amelia Crisantino

August Sartorius von Waltershausen, *L'agricoltura siciliana e le sue trasformazioni dal 1780 al 1912. Inchiesta socio-politica ed economica*, traduzione e cura di G. Lo Giudice, Maimone Editore, Catania, 2017, pp. 390

Un secolo e quattro anni dopo la sua pubblicazione a Lipsia nel 1913, esce finalmente anche in Italia, per l'editore Maimone di Catania, un classico della storia economica siciliana d'inizio Novecento, il volume di August Sartorius von Waltershausen, *Die Sizilianische Agrarverfassung und ihre Wandlungen 1780-1912: Eine sozialpolitische und Wirtschaftliche Untersuchung*, tradotto e curato da Giuseppe Lo Giudice. Un testo scarsamente utilizzato dagli studiosi siciliani, sia per ragioni linguistiche, sia perché lo scoppio immediatamente successivo della prima guerra mondiale ne condizionò pesantemente la diffusione in Italia, rendendo anche difficile la sua reperibilità nelle pubbliche biblioteche. Esso infatti non risulta presente in nessuna Biblioteca Nazionale italiana, ma soltanto in appena sette biblioteche pubbliche: quattro a Roma, due a Palermo e una a Reggio Emilia, alle quali la copia è talora pervenuta per donazione da parte degli eredi dei pochi studiosi che ne fecero uso. Roma così dispone della copia del meridionalista Giustino Fortunato, Palermo di quella dell'etnologo Giuseppe Pitrè, Reggio Emilia di quella dello storico dell'agricoltura Emilio Sereni. Altra copia (non registrata però dall'OPAC) esiste presso la Biblioteca Universitaria di Catania, che credo sia quella ampiamente

utilizzata nei loro lavori da Rosario Romeo e da Giuseppe Giarrizzo.

Opera meritoria deve quindi considerarsi la recentissima pubblicazione dell'editore catanese, preceduta dall'ampia e articolata introduzione di Lo Giudice, che si sofferma anche sulla famiglia dell'autore, la sua vita, la sua formazione di economista, i suoi viaggi in Sicilia sin da giovane al seguito del padre archeologo. L'inchiesta di Sartorius non ha come fonti soltanto gli atti delle inchieste parlamentari precedenti, e in particolare le relazioni di Abele Damiani e di Giovanni Lorenzoni, come pure la precedente inchiesta privata di Sidney Sonnino e di Leopoldo Franchetti, ma anche testi sette-ottocenteschi (Sergio, La Loggia, Salafia, in parte Balsamo, ecc.) piuttosto trascurati dalla storiografia precedente, ricerche archivistiche di prima mano e soprattutto l'esplorazione personale del territorio e interviste sul campo agli operatori economici (proprietari, amministratori di aziende, commercianti, industriali) e agli addetti ai lavori manuali (contadini, artigiani, ecc.).

La prime 140 pagine del volume tracciano un quadro molto dettagliato della geografia fisica e umana della Sicilia all'inizio del XX secolo. Dopo un rapido accenno alla situazione orografica e alle aree colturali e boschive, l'Autore si sofferma sul ruolo centrale della Sicilia collocata tra Europa e Africa e quindi dedica alcuni interessanti capitoli all'insediamento della popolazione: inurbamento, abitazioni, legami familiari, ruolo del lavoro di donne e minori, psicologia degli abitanti; all'agricoltura nelle zone costiere: metodi di coltivazione

(arretrati), contratti di lavoro, industrie di trasformazione agrumaria e vinicola, politica commerciale italiana; alla zona interna del latifondo: distribuzione della proprietà, situazione stradale (ferrovie, strade di campagna, trazzere), colture e contratti agrari, pastorizia, l'economia del cortile e l'economia del pascolo, le associazioni pastorali, le imposte (gravose)

La parte centrale del volume è una rapida ricostruzione storica delle principali vicende dell'agricoltura siciliana dalle riforme di fine Settecento alla legge 15 luglio 1906 per lo sviluppo della piccola proprietà contadina. Sono queste pagine ormai in gran parte superate perché da allora la storiografia siciliana ha fatto notevoli progressi e ha analizzato a fondo con nuove ricerche d'archivio le vicende di quegli anni. Penso ai lavori fondamentali di Ernesto Pontieri, di Giuseppe Giarrizzo e di Francesco Renda sul riformismo borbonico; ancora di Renda sull'abolizione della feudalità; di Rosario Romeo, di Giuseppe Giarrizzo (cfr. *Un comune rurale della Sicilia etnea*), di Maurizio Rizza e, se è consentita l'autocitazione, anche di chi scrive, sulla rescissione dei contratti di soggiogazione e sullo scioglimento dei diritti promiscui; di Giuseppe Lo Giudice sulle conoscenze agrarie e la loro diffusione; di Giuseppe Astuto e di Giuseppe Barbera Cardillo sull'agricoltura post-unitaria; di Salvatore Lupo sull'agrumicoltura; e ancora di Giuseppe Giarrizzo per le stimolanti pagine dedicate alla Sicilia del Sette-Ottocento nella Storia d'Italia Utet diretta da Giuseppe Galasso.

La terza parte è certamente ancora molto valida, la più interessante per

noi studiosi del XXI secolo, perché l'autore riesce ad amalgamare efficacemente i dati statistici con i risultati delle sue interviste e delle sue osservazioni personali sul campo. Per l'emigrazione, ad esempio, dopo aver calcolato che in Sicilia nel 1890 equivaleva a un settimo di quella meridionale e che nel 1900 era aumentata a oltre un quinto e nel 1906 a un terzo, Sartorius, pur non escludendo che l'incremento degli anni tra Otto e Novecento fosse influenzato dalla crisi di produzione di vino, agrumi e zolfo, ritiene che la spinta decisiva fosse determinata dalle informazioni dei primi emigrati, ossia da una «forma di *propaganda* [che] supera assai rapidamente i limiti dei primi luoghi cui essa si rivolge». In Germania, dopo le riforme del Bismarck la disoccupazione in 15 anni si era ridotta a un decimo. Una analoga riduzione si poteva ottenere anche in Sicilia, non però attraverso la sua industrializzazione, alla quale comunque si doveva alla fine pervenire, ma attraverso «una moderna riforma agraria, che possa andare di pari passo con il miglioramento sociale e culturale dell'intera classe contadina».

Pagine interessanti Sartorius dedica agli emigrati di ritorno, i cosiddetti *americani*, che ormai consideravano «i datori di lavoro, i grossi proprietari terrieri e i grossi commercianti e i banchieri semplicemente come uomini d'affari e non [più], come qui è usuale, come una classe superiore cui bisogna dimostrare sottomissione». Gli *americani* però tendevano ad acquistare estensioni di terra che consentissero loro di poter vivere dignitosamente, ma le successive divisioni ereditarie

avrebbero polverizzato la proprietà e creato minuscole aziende non sufficienti al mantenimento delle nuove famiglie. Avrebbero invece fatto meglio, a suo parere, a investire i capitali accumulati in America in «affitti di media dimensione e a lunga scadenza. Solo così forse si potrà creare a poco a poco un medio ceto di affittuari che possa guardare con fiducia al futuro». Forse, dice Sartorius, il quale in effetti non sembra poi tanto convinto della sua soluzione, che rischiava, a mio parere, di perpetuare il sistema dell'intermediazione parassitaria del gabbellato.

Per Sartorius infine i dati dell'inchiesta Lorenzoni (1910) non sempre sono attendibili e «dovrebbero accogliere con molta prudenza». Non lo convincono, ad esempio, i dati sull'occupazione femminile nell'agricoltura, che dal 1881 si sarebbe ridotta della metà, passando dal 27,7 all'11,3 per cento degli occupati, mentre contemporaneamente l'impiego dei fanciulli risulta raddoppiato. Una diminuzione per lui non facilmente comprensibile, considerato che contemporaneamente «il numero dei proprietari autonomi, fittavoli e mezzadri è cresciuto... come è generalmente acquisito».

Orazio Cancila

F. Vatin, *L'economia politica del lavoro. Mercato, lavoro salariato e produzione*, Introduzione a cura di Davide Bubbico, Ombre Corte, Verona, 2017, pp. 254

L'edizione curata e tradotta da Davide Bubbico ha il merito di sistematizzare il lavoro ventennale di François Vatin. Le opere del sociologo francese, infatti, non sono mai state

pubblicate in italiano e, soprattutto, non sono mai stati presentati in maniera organica i tre ambiti di ricerca nei quali si dipana il libro, che accoglie al suo interno saggi pubblicati in tempi e in sedi differenti. Le tre aree di ricerca sono in effetti tre problemi che al di là dell'approfondimento teorico di cui ne fa oggetto Vatin, fanno parte del dibattito giornaliero relativo alle trasformazioni della società capitalistica e (post) industriale. Il punto di partenza è dato dal chiarimento che l'autore propone circa l'utilizzo dell'espressione "economia politica del lavoro", piuttosto che sociologia economica.

A ben vedere non si tratta di un mero dibattito epistemologico; Vatin, economista di formazione e sociologo di vocazione, assegna infatti all'economia politica un ruolo di conoscenza che supera quello strumentale al quale siamo abituati dal dibattito quotidiano, frutto della diffusione e forse della sclerotizzazione delle teorie marginaliste in ambito economico. Anzi, Vatin va oltre, considerando l'economia politica come una sorta di scienza della società attraverso la quale il potere politico organizza la produzione e gli scambi al fine di esercitare un controllo razionale. Da questo punto di vista, l'economia politica è anche morale, nel senso di sociale, cioè inerente la società e quindi l'uomo, quanto meno nell'accezione data da Adam Smith nella sua Teoria dei sentimenti morali. La sociologia economica non è più una branca specialistica della sociologia, ma è una "scienza archeologica" essa stessa economia politica, così come era intesa da Smith e, ancora di più, da Marx.

Il secondo asse di ricerca di Vatin è rappresentato dal ruolo della tecnologia, o meglio, della tecnica da un lato e dalla concezione di salario e lavoratore salariato dall'altro. Il ruolo della tecnica sia intesa come organizzazione dei modi di produzione, sia dei processi produttivi – sotto forma di tecnologia – ha suscitato gli interessi degli economisti sin dall'apparizione dell'opera di Smith. David Ricardo, negli anni venti del XIX secolo, superando parzialmente l'idea smithiana di una tecnologia piegata alla continua produzione della ricchezza delle nazioni, iniziò a dubitare del ruolo che detta tecnologia potesse avere nei riguardi del lavoro. La meccanizzazione nelle idee di Ricardo – e siamo solo agli albori dell'industrializzazione europea – avrebbe gradualmente espulso manodopera dai comparti produttivi, salvo creare altra occupazione in settori differenti, in un processo apparentemente infinito. Eppure, già prima di arrivare alla mercificazione del lavoro di Marx, proprio Ricardo iniziò a instillare il dubbio di una certa indistinguibilità del fattore produttivo lavoro dagli altri fattori della produzione. Tuttavia, Vatin ha il merito di superare la sola idea di lavoro merce e lavoro/fattore produttivo, verificando – anche attraverso la ricerca empirica – come a una riduzione della quantità di lavoro necessario, grazie all'innovazione (tecnica e tecnologica; gestionale e produttiva volendo essere più chiari), sia aumentata l'intensità dello stesso.

L'altro aspetto dell'analisi è il concetto di salariato, e in questo caso si va a trattare un tema di stringente attualità e di acceso dibattito politico.

Il lavoro di Vatin parte dall'origine storica del concetto di lavoro salariato, intimamente connesso al processo di industrializzazione e, con buona evidenza, legato al lavoro in fabbrica. In questa origine, Vatin rileva il carattere parziale della ricerca intorno al lavoro salariato che ha sempre dato per assodato il rapporto di dipendenza dal capitale da parte del salariato, come una condizione vincolante del teorema. Vatin, in riferimento al lavoro salariato, lo definisce un'istituzione sociale fondamentale instabile dal momento che non si tratta di una merce. Per questo motivo il salario e il lavoratore salariato diventano categorie multiformi, soggette alle forze di compressione dei costi di produzione esercitate dalle imprese. L'analisi si sposta quindi su cosa sia il lavoro salariato oggi, di come questo si sia trasformato, soprattutto a partire dagli anni Settanta del secolo scorso, fino ad arrivare a quello che l'Autore definisce il paradosso del lavoro salariato, sempre meno richiesto in termini di quantità, ma sempre più intenso in termini di sforzo da parte del lavoratore.

Per tale ragione al giorno d'oggi assistiamo a una perdita del lavoro (in termini di disoccupazione), scomparsa del lavoratore (inteso come l'operaio della fabbrica, portatore an-

che di istanze politiche) e, non meno importante, del concetto di valore-lavoro, che costituisce il terzo asse della ricerca di Vatin. La questione del valore ha interessato da subito gli economisti classici, preoccupati di comprendere come si generasse il valore di un bene e, da subito, il lavoro è stato riconosciuto come uno dei fattori determinanti il valore. Con buona evidenza, con il sopravanzare della tecnologia, il valore del lavoro è risultato sempre più compresso rispetto a quello del capitale fino a diventare un processo produttivo esternalizzabile, dal quale l'impresa estrae il valore, che proprio in tali processi si forma.

In definitiva, lo studio di Vatin si propone come un tentativo eterodosso di esaminare a fondo la validità di alcune categorie sociali ed economiche quali lavoro, salario, tecnologia, valore, che hanno caratterizzato il dibattito della scienza economica per quasi due secoli, accompagnando quel mirabile processo che è stato l'industrializzazione e che però, al giorno d'oggi, sembrano confinati a un dibattito esclusivamente (socio o economico)metrico, che parrebbe completamente ignorare che dietro il lavoro, il salario, il valore e la tecnologia, c'è l'uomo.

Roberto Rossi